



*La dureza de algunas situaciones reclama la activación del amor, poderoso motor en la familia para hacerles frente: el amor es la fuerza poderosa que permite a la familia afrontar las dificultades y hacerlo con serenidad y alegría*

Tal como el salmo 128 presenta la vida familiar parece a primera vista que todo es grato y de color de rosa. Pero en la presente situación humana no es así. Hay amarguras. “Es la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia y su íntima comunión de vida y de amor. Por algo el discurso de Cristo sobre el matrimonio (cf. Mt 19,3-9) está inserto dentro de una disputa sobre el divorcio. La Palabra de Dios es testimonio constante de esta dimensión oscura que se abre ya en los inicios cuando, con el pecado, la relación de amor y de pureza entre el varón y la mujer se transforma en un dominio: «Tendrás ansia de tu marido, y él te dominará» (Gn 3,16)” (Papa **Francisco**, Exhort. Apost. [Amoris laetitia](#), n. 19).

El relato bíblico recoge abundantes peripecias familiares de violencia y de dolor, desde el fratricidio de **Caín** sobre **Abel**, hasta la queja amarga de **Job**: «Ha alejado de mí a mis parientes, mis conocidos me tienen por extraño [...] Hasta mi vida repugna a mi esposa, doy asco a mis propios hermanos» (Jb 19,13-17) (Cf. *Amoris laetitia*, n. 20).

“Jesús mismo nace en una familia modesta que pronto debe huir a una tierra extranjera” (*idem*). Y se involucra de continuo en problemas y necesidades de las personas y de sus familias. “La Palabra de Dios no se muestra como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino, cuando Dios «enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor» (Ap 21,4)” (*Amoris laetitia*, n. 22).

El trabajo es condición de vida y dignidad de la persona. “Al comienzo del Salmo 128, el padre es presentado como un trabajador, quien con la obra de sus manos puede sostener el bienestar físico y la serenidad de su familia: «Comerás del trabajo de tus manos, serás dichoso, te irá bien» (v. 2)” (*Amoris laetitia*, n. 23). Pero las dificultades laborales afectan frecuente y profundamente a las familias, a su estabilidad y fecundidad. “Dicho esto, se comprende que la desocupación y la precariedad laboral se transformen en sufrimiento, como se hace notar en el librito de **Rut** y como recuerda Jesús en la parábola de los trabajadores sentados, en un ocio forzado, en la plaza del pueblo (cf. Mt 20,1-16), o cómo él lo experimenta en el mismo hecho de estar muchas veces rodeado de menesterosos y hambrientos. Es lo que la sociedad está viviendo trágicamente en muchos países, y esta ausencia de fuentes de trabajo afecta de diferentes maneras a la serenidad de las familias” (*idem*, n. 25).

La dureza de algunas situaciones reclama la activación del amor, poderoso motor en la familia para hacerles frente. “En el horizonte del amor, central en la experiencia cristiana del matrimonio y de la familia, se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales: la *ternura*. Acudamos al dulce e intenso Salmo 131. Como se advierte también en otros textos (cf. Ex 4,22; Is 49,15; Sal 27,10), la unión entre el fiel y su Señor se expresa con rasgos del amor paterno o materno. Aquí aparece la delicada y tierna intimidad que existe entre la madre y su niño, un recién nacido que duerme en los brazos de su madre después de haber sido amamantado... De modo paralelo, podemos acudir a otra escena, donde el profeta **Oseas** coloca en boca de Dios como padre estas palabras conmovedoras: «Cuando **Israel** era joven, lo amé [...] Yo enseñe a andar a **Efraín**, lo alzaba en brazos [...] Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta a un niño contra su mejilla, me inclinaba y le daba de comer» (11,1.3-4)” (*idem*, n.28).

El amor es la fuerza poderosa que permite a la familia afrontar las dificultades y hacerlo con serenidad y alegría. “Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que

conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre. La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu” (*idem*, n. 29).

Si la vida familiar está cerca de Dios, de ahí le viene la fuerza del amor. “Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de **Herodes**, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. Como los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y a adorarlo (cf. *Mt* 2,11). Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. *Lc* 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios (*Amoris laetitia*, n. 30).

**Rafael María de Balbín**